

Sergi Pàmies



Leer a Auster

Cuando tengan un momento, vayan a comprar *Sunset Park* (Anagrama), el último libro de Paul Auster (si aún no ha llegado a las librerías, está al caer). Luego descuelguen y desconecten los teléfonos, busquen el lugar más cómodo de su casa y léanlo, a ser posible de un tirón.

Vale: ya sé que a Auster lo tienen muy leído y que no siempre ha cumplido las expectativas que prometían sus giras promocionales o la multitud de premios, siempre merecidos, que le iban concediendo. De acuerdo: puede que su carrera como director de cine haya influido en la percepción que de él se tenía como escritor, pero si eso le sirvió para regresar a la literatura con más fuerza todavía, bienvenida sea. Es cierto: su dimensión pública puede producir una malsana envidia entre los más mezquinos, y quizá, arrastrados por el instinto maledicente y el cotilleo fácil, se haya caído en el infundio. A saber: un tipo tan atractivo e inteligente, fumador de puritos holandeses, con una mujer igualmente talentosa y una hija deslumbrante de energía creativa, a la fuerza tiene que ser sospechoso.

Tampoco se dejen engañar por los que afirman que Auster publica demasiado y que dejó de ser lo que prometía tras escribir *El Palacio de la Luna*. Ya se sabe que hay gente que disfruta más de los fracasos ajenos que de los aciertos por una simple cuestión matemática: lo malo abunda más que lo bueno. Los novelistas prolíficos tienen un problema: cuando son buenos, a veces se les critica para que no se diga que siempre se les elogia y cuando son malos, a veces se les acaba elogiando por la misma

No se dejen engañar por quien data el declive de Auster tras 'El Palacio de la Luna'

simétrica razón. Insisto: lean *Sunset Park*, una torrencial historia sobre el destino, la culpa y el perdón, escrita con un oficio que resalta las

mejores virtudes de la prosa, incluso cuando balbucea y, por imperativo moral, se lanza a ciertas digresiones humanitarias sobre la libertad de un disidente chino ratificado por el Nobel.

En función del argumento, el texto fluye o refulge, convence o emociona, perturba o desconcierta. Me dirán: ya está otra vez el Auster ese con la tabarra de Brooklyn y la crisis existencial de la Nueva York post 11-S y pre-Obama. No se fíen de los reuelos reactivos y de esos prejuicios que confunden la variedad con el gusto. Auster vuelve a Brooklyn, sí, pero la ciudad, él y nosotros hemos cambiado. Lo único que no cambia es la atmósfera que sólo los grandes saben crear. Te sientas a leer y, sin darte cuenta, te ves arrastrado por una historia que, incluso cuando parece alejarse de su propósito (falsa alarma: luego regresa a lo esencial), interesa. Y Auster la cuenta sin estridencias pero con un humanismo que impregna todas las frases y que, a lo largo de 276 páginas, conmueve por la precisión de una prosa que tiene la elocuencia, la trascendencia y la lucidez de los mejores panegíricos.